

El largo viaje del mensajero

por Félix de Azúa

Había una vez un Niño completamente huérfano a quien habían adoptado unos ancianos que no tenían hijos. Estos ancianos eran guardianes del Jardín Zoológico de la Ciudad, de modo que el Niño creció entre animales y podía hablar con ellos. Hablar con los animales era su única diversión, y posiblemente esa era también la única diversión de los animales, los cuales son, de natural, callados.

Un buen día visitó el Jardín Zoológico el Alcalde de la Ciudad, el Gobernador de la Ciudad, el General de la Ciudad y el Hombre más Rico de la Ciudad. Vino con ellos mucha gente que siempre acompaña a los Hombres Muy Importantes, y una banda de música. Pero la banda de música asustaba a los animales con sus espantosas Marchas Militares, de manera que el Niño les seguía a todas partes y tranquilizaba a los bichos. «No es nada —le decía al canguro—. Enseguida se van, ya puedes sacar la cabeza de la bolsa». Y el canguro, más sosegado, le agradecía sus palabras. «Muchas gracias, Niño. Es que ya no hay respeto».

De la mano del Hombre más Rico caminaba una Niña, su hija pequeña, muy distraída y aburrida. O sea, harta. Por casualidad, el Niño y la Niña se miraron entre las piernas de los Hombres Importantes y se sonrieron

y se enamoraron. Pero la Niña no podía soltar la mano del Hombre más Rico, es decir, de su Padre, pues éste rara vez soltaba lo que cogía. A media tarde se fueron todos, dejando a los bichos medio locos de nerviosismo y el Jardín hecho un asco.

El Niño decidió acudir a la casa del Hombre más Rico para pedir la mano de la Niña, no fuera a ser que alguien se le adelantara. Eligió una gorra azul marino, se limpió los zapatos con la cola de la ardilla, que es muy servicial aunque de culo inquieto, y llevó de regalo una pareja de musarañas recién nacidas. Las musarañas eran muy graciosas y no comían nada. Podían usarse perfectamente para taponarse los oídos y no escuchar las tonterías de los Mayores.

Pero al llegar a la casa del Hombre más Rico el Niño tuvo la desdicha de tropezar con dos perrazos que hablaban un idioma completamente distinto, el Dobermanés o algo similar, y por mucho que les habló en Galgo, en Pekinés, en Terrier, en Perdiguero y en Setter, aquellos brutos no entendían nada. Total que armaron un escándalo tan tremendo que acudió el Mayordomo y los expulsó a todos de la casa, al Niño y a las musarañas.

De regreso en el Jardín Zoológico, el Niño decidió escribirle a la Niña una carta explicándole lo sucedido y pidiéndole que no se casara, que ya

conseguiría él llegar hasta su casa algún día. Pero con el fin de que la carta no cayera en manos del Mayordomo, decidió enseñar al Loro un bello discurso para que se lo repitiera a la Niña. Aunque el Loro era un poco cabeziloco, al cabo de dos días ya se sabía de memoria lo que tenía que decir y lo recitaba encrespando las plumas verdes y coloradas, como si fuera suyo. El Niño le dibujó un plano de la Ciudad y le envió, no sin antes recomendarle mucha prudencia, sobre todo con las malvadas Palomas que se aproximan a los Loros ofreciéndoles chocolate.

Sin embargo el Loro, que era muy vanidoso, se cruzó por el aire con un Canario que iba a escuchar a un famoso cantante italiano con el fin de imitarle los trucos, y como no se trataba de ninguna malvada Paloma, ni le ofreció chocolate, el Loro juzgó que podía desviarse unas horas de su trabajo y acudió también a escuchar al famoso cantante italiano. Así son los Loros. No tienen remedio. Tanto le entusiasmaron los trinos y gorgoritos que escuchó desde la venta del Gran Teatro, que no pudo resistir la tentación y siguió al cantante primero a Génova, luego a Milán, luego a Viena, luego a París y de allí, haciéndose pasar por un loro disecado, a Nueva York.

El Niño, tras esperar una semana,



Lluïsa Jover / 90

LLUÏSA JOVER.

comprendió que el Loro no era digno de su confianza. «¿Quién puede llevar mi carta a la Niña? —pensó—. Ha de ser alguien de toda confianza y con más seso que un Loro. Alguien que no se distraiga por el camino. O bien... ¡que vaya por un camino que no distraiga!». Así que decidió enviar a un Cocodrilo joven y audaz, para que llegara hasta la casa del Hombre más Rico a través del alcantarillado y los desagües que corren por debajo de la Ciudad. Le explicó al Cocodrilo lo que tenía que hacer y ató la carta a su cola con un lazo amarillo. Luego lo metió en una bolsa de tenis para no llamar la atención y lo soltó en la pri-

mera alcantarilla que encontró a la salida del parque. «¡Buena suerte! ¡Cuando vuelvas te regalaré un cepillo de dientes!», le dijo con ánimo de engatusarlo.

Por desdicha, el año anterior había llegado a la Ciudad una partida de cocodrilos enanos del Amazonas y las Madres los habían comprado para verlos crecer en las bañeras. Pero en su mayoría, aburridas de los cocodrilos, que son animales sosos y sólo duermen y comen, comen y duermen, habían terminado por quitar el tapón del desagüe y ahora las alcantarillas de la Ciudad estaban llenas de cientos y cientos de cocodrilos enanos del

Amazonas. Cuando el Cocodrilo joven y audaz se encontró con aquellas amistades, tuvo mucho éxito en razón de su lazo de color amarillo y su buena presencia y excelente dentadura. El caso es que no pudo resistir la tentación de la popularidad, comenzó a salir con cocodrilos y cocodrilas aficionados al baile y a la guitarra eléctrica, y acabó casándose con una cocodrila enana del Amazonas, muy morena y graciosa, que había ganado el concurso de natación «Alcantarilla 1992». Tuvieron muchos cocodrilos, ni enanos ni normales, intermedios.

Al cabo de un mes, el Niño comprendió que tampoco los animales

subterráneos son dignos de confianza e ideó una nueva astucia. Decidió esconder la carta en la trompa del Elefante más pequeño del Jardín Zoológico y atarle otra carta en el rabo. Esta segunda carta, la única que verían quienes encontraran al Elefante, decía lo siguiente: «Soy un pobre elefante abandonado y cariñoso. Busco un hogar. Soy muy bueno con los niños, pero todavía lo soy más con las niñas, y especialmente con las Niñas de los Hombres más Ricos. Por favor, no me dejéis solo en medio de este espantoso tráfico de coches y autobuses. Necesito la tranquilidad de una familia, y a poder ser de una familia rica, y mucho mejor si es una familia rica con Niña. Muchas gracias».

Aquella noche, el Niño sacó a escondidas al Elefante del Jardín Zoológico y lo condujo hasta una plaza solitaria, no muy lejos del Puerto de la Ciudad. Allí lo dejó, tras advertirle que le diera la carta de la trompa a la Niña, en cuanto le condujeran hasta ella. El Elefante pequeño pasó la noche muy entretenido y sólo algunos hombres y mujeres que gustan de salir por la noche se detenían a mirarle un momento, pero luego seguían su camino muy contentos, sin creer lo que habían visto y soltando grandes carcajadas.

A la mañana siguiente los Empleados de la Limpieza se llevaron un susto tremendo. Llamaron a sus Jefes y éstos a su vez llamaron a su Jefe, el cual llamó al Jefe de los Jefes, y éste último al Jefe Supremo. El Jefe Supremo era un hombre bajito, con bigote fino, calva reluciente y muy mala educación. En cuanto vio al Elefante reparó en la carta del rabo, la cogió y tras leerla sonrió muy satisfecho: «Sin duda esta carta me está dirigida a mí personalmente, siendo, como soy, Hombre bastante Rico de la Ciudad». Uno de los Jefes Menores, individuo envidioso y tacaño, se atrevió a ponerle reparos: «Pero usted... pero usted no es un Hombre más Rico, sino sólo un Hombre bastante Rico, y ade-

más no tiene usted Niña, ni siquiera puede decirse que tenga usted Familia, sólo tiene Aparato de Televisión, Automóvil muy Grande y Servidumbre, pero no tiene, no tiene, no tiene, es que no tiene Niña, y el pobre animalito se aburrirá mortalmente». El Jefe Supremo se infló de rabia amarilla: «¡Cállese ahora mismo, Jefe Menor, cálese de una vez o le degrado a Jefe Mínimo! Es verdad que no tengo una Niña, pero en cambio tengo una Amiga Íntima que es domadora en el circo Espantapájaros y precisamente ayer me dijo que necesitan un elefante porque ¿dónde se ha visto un circo sin elefante? ¿Eh, Jefe Menor?



LLUÏSA JOVER.

¡Respóndame a esto! En el circo Espantapájaros hay tigres, leones, serpientes, pulgas... ¡no hay mejor compañía para un elefante! El elefante es feliz en compañía de los tigres, leones, serpientes y pulgas». El Jefe Menor iba a replicar con un «Ya pero pero pero lo que el bicho quiere...», cuando el Jefe de los Jefes le arrancó las medallas y los galones. «¡Asunto concluido! ¡No tengo por qué escucharle, Jefe Mínimo! Y dé usted gracias al elefante de que no le degrade a Jefe Minúsculo!». Y así fue como el Elefante pequeño comenzó una serie de entretenidos viajes por capitales, ciudades, villas, aldeas, caseríos y pobla-

dos. Al segundo día, sin querer, se tragó la carta que llevaba escondida en la trompa.

Cinco meses más tarde el Niño comprendió que tampoco era bueno emplear animales demasiado espectaculares para hacer de mensajeros. Y entonces tuvo una ocurrencia genial. Hay un animal que casi no es un animal, que pasa inadvertido y que es muy listo, se cuela por todas partes, es muy fuerte y sabe defenderse. Así que fue en busca de la Abeja Reina al gran panal de rica miel y le contó su problema. «¡Oh, querido, qué tonteríííí, esto tiene muy fácil solución!», le dijo la Abeja Reina, que era una dama muy lánguida y cursi y siempre hablaba de manera rebuscada. «¡Oh, es ciertamente una de-li-ciosa tarea, cariñín!», añadió. «*Quel plaisir pour une reine que d'aimer ses sujets!*», siguió añadiendo, esta vez en francés porque la Abeja Reina decía ser descendiente de Napoleón. De pronto cambió por completo de acento y de manera de hablar y de todo y con un grito espantoso llamó a su General de Brigada, el cual se presentó temblando de las alas al agujón. «¡Seleccione ahora mismo, pero ahora mismo he dicho, sesenta de mis mejores zánganos, General! ¡Que sean los mejores, he dicho, los mejores! ¡Se juega usted el cargo, repito, el cargo! ¿Me ha entendido bien, especie de inútil?», le chilló al atemorizado General. «¡Por fiiiin va a servir para aaaaalgo, mon cher!», susurró con voz meliflua al Niño.

Una vez formados en Batallón los sesenta zánganos, la Reina le pidió al Niño su carta, la cortó en pedacitos muy pequeños y fue entregando a cada zángano una sílaba de la carta, por el orden en que estaba escrita. «*Voyons!* ¡Formación, fiiiiir-mes!», aulló. Los sesenta zánganos formaron, cada uno con una sílaba en la boca y, en efecto, podía leerse perfectamente la carta. «Tres bien! Ahora tenéis que ir a la casa del Hombre más Rico, os ponéis delante de la ventana

de la Niña y voláis en acrobacia para llamar su atención. En cuanto lea vuestro mensaje, volvéis aquí zumbando. ¡Oh, qué chiste más maaaaa-lo me ha salido, perdona, mon tesoro! ¡RRRRRRRRompan ffffilas!». Y los zánganos despegaron a toda velocidad, como una escuadrilla de bombarderos.

Una vez en la casa del Hombre más Rico, comenzaron a zumbear como locos y volaron haciendo piruetas delante de la ventana de la Niña, pero lo único que consiguieron fue asustar al Jardinero, incapaz de distinguir entre una abeja y una avispa. El Jardinero enchufó la manguera y comenzó a rociar la escuadrilla como si fuera un artillero antiaéreo. Los zánganos se defendieron con valentía y durante muchas horas zumbaron en torno a la ventana de la Niña y esquivaron los manguerazos, se mojaron como patos, rehicieron sus filas y contraatacaron. Fue todo muy heroico. La Niña, atraída hasta la ventana por las maldiciones del Jardinero, vio pasar a los zánganos una y otra vez, pero por culpa de los manguerazos, habían perdido la formación, se habían mezclado las sílabas y ya no se entendía nada del mensaje. La Niña sólo pudo leer frases sueltas, muy curiosas, como: «No te casacas que ya yo regaré el Ñoño del lógico», o bien, en el siguiente giro con caída en picado: «Espéracas del Ñozoo quetequelo», y otras frases igualmente incomprensibles pero que daban mucha risa. Por fin, los zánganos, derrotados, fatigados, avergonzados, huyeron de la casa, pero no osaron regresar al Zoológico y contarle a la Reina lo sucedido, de manera que emigraron a África en donde montaron un equipo de exhibición aeronáutica y se hicieron ricos bajo el nombre artístico de «Los zánganos zíngaros».

El pobre Niño, al comprobar que tampoco las abejas habían alcanzado su objetivo se entristeció una barbaridad, creyó que jamás llegaría su mensaje hasta la Niña y que se casa-

ría con otro y que él no podría soportarlo y que se largaría del Zoológico y que se haría arquitecto o economista o cualquiera de esas cosas que se hacen por desesperación.

Viéndole tan triste, los animales del Zoológico se inquietaron. Aunque el amor no es algo que tenga las mismas consecuencias entre los animales, pues está comprobado que ningún animal se ha hecho arquitecto o economista por amor, comenzaron a pensar que era preciso ponerle remedio. Reunidos todos los bichos en el Gran Consejo de los Animales, la más sabia de las criaturas, la Tortuga, les dijo: «No debéis preocuparos, yo soy tenaz, yo soy



LLUÏSA JOVER.

terca, yo soy diligente, yo soy incansable, infatigable, yo no soy frívola, yo vivo quinientos años, yo lo sé todo, yo lo he vivido todo, yo tengo una paciencia absoluta, inagotable, inacabable, indestructible». Cuando hubo terminado esta frase ya muchos animales se habían dormido porque la Tortuga es muy lenta, sobre todo hablando, y emplea palabras largas y difíciles, aunque es muy buena persona. Y prosiguió: «De modo y manera que seré yo, en tanto en cuanto no haya oposición, por ser la más adecuada e idónea de las criaturas, la encargada o encomendada de la misión de transmitir y comunicar el mensaje de nues-

tro encantador y agradable y correctísimo y dilecto guardián, el Niño del Zoológico». Para entonces ya todos los animales se habían dormido, así que nadie pudo oponerse al plan y la Tortuga fue nombrada por unanimidad Mensajera del Niño.

Aunque el Niño tenía sus dudas porque ya no confiaba en ningún animal, no se le ocurrió ninguna solución mejor, de modo que escribió su mensaje sobre la cáscara de la Tortuga y con una palmadita en la cabeza la dejó marchar hacia la casa del Hombre más Rico. «Si puede ser, no tardes mucho», comentó débilmente. La Tortuga le miró con un desprecio tremendo: «Hasta hoy, que yo sepa, en fin, que yo no ignore, he llegado siempre a donde me proponía, recuerdo una vez, por poner un ejemplo paradigmático, en que un tal Aquiles, campeón de los cien metros lisos, trató de llegar antes que yo...». Y así siguió hasta que el Niño también se quedó dormido.

Eligió la Tortuga los caminos más secretos y oscuros para que nadie la viera. Caminaba de noche. Cuando se cansaba, lo que era frecuente, reposaba en algún jardín o bajo un automóvil sin miedo ninguno, porque las ruedas de los coches pasaban sobre ella sin hacerle ni una magulladura. Comía pieles de naranja o de tomate y todo le salía muy barato. Nada la distraía, pues era tozuda; nada la desanimaba, pues era alegre y confiada. Cuando llegaba el invierno se escondía en el hueco de un muro y allí reposaba tranquilamente hasta la primavera.

Tardó treinta y dos años en llegar a la casa del Hombre más Rico. Como es natural, el Hombre más Rico que ahora vivía en aquella casa ya no era el mismo, sino otro Hombre más bien Pobre pero Fino, porque el barrio había cambiado mucho y los ricos de verdad se habían trasladado a otros lugares más lujosos. Pero aquel Hombre más bien Pobre casualmente también tenía una Niña. Durante dos

años la Tortuga estuvo vigilando a la Niña, convencida de que era la misma que allí había vivido treinta y dos años antes. Cuando la veía salir sola, se lanzaba hacia ella a toda velocidad, pero siempre llegaba tarde y jadeando, de modo que volvía a esconderse y a dormir. Salía disparada la pobre Tortuga, pero nunca alcanzaba a la Niña. Así podrían haber pasado otros treinta y dos años de no ser porque un día coincidió con la Niña de pura casualidad.

Estaba escondida la Tortuga debajo de una mata de margaritas durmiendo la siesta, cuando la Niña perdió su pulsera de plástico colorado. La Niña la buscaba por el jardín y al agacharse para mirar debajo de la mata de margaritas encontró a la Tortuga dormida como un tronco y cubierta con una manta de hojas secas. Se la llevó a su habitación muy contenta y cuando la Tortuga despertó se vio a sí misma vestida con unas faldas estampadas y un gorro de lana.

«¡Quítame ahora mismo estas tonterías de encima, niña boba! —gritó la Tortuga roja de ira, o mejor dicho, verdirroja de ira—. ¡No puedes leer mi mensaje si lo cubres con camisitas y canesúes, blondas y encajes, faralaes y pasamanería! Además, ¡soy tortugo!» Pero la Niña no entendía el lenguaje de los animales.

Al cabo de unos días, cuando la Niña decidió que ya era hora de darle un baño a la Tortuga, que estaba negra de irritación, la desnudó y vio con asombro que tenía toda la cáscara escrita. Leyó el mensaje del Niño e inmediatamente se enamoró de él y decidió casarse con él aunque no le había visto en la vida. Muchas niñas son así. Llamó a su Madre y le mostró la cáscara escrita de la Tortuga, la cual pateaba y protestaba por ser tratada con aquella falta de consideración. La Madre leyó el mensaje y le dijo a la Niña que se preparara para ir al Zoológico.

Habían pasado treinta y cinco años. La Madre, la Niña y la Tortuga entra-



LLUÏSA JOVER.

ron en el Jardín Zoológico con mucha emoción. Preguntaron por el Niño del Zoológico, y el guardián, un caballero gordo y simpático se las miró con curiosidad. De pronto vio a la Tortuga y dio un brinco. «¡Caramba! ¡Qué me traen aquí, pero si es la Tortuga!», exclamó. «¡Naturalmente, tonto! ¡Acaso no te dije que yo siempre llegaba a donde tenía que llegar? —berreó la Tortuga—. ¡Y diles ahora mismo a estas Humanas que no deseo tener más trato con ellas, gente insufrible e insoportable que cubre a los tortugos con trajecitos de tortuga, gente ínfima, gente sin educación ni cortesía, gente patibularia!» Por fortuna la Madre y la Hija no comprendían el lenguaje de los animales. «Sí, queríamos entregarle la Tortuga al Niño del Zoológico; por lo que se lee en la cáscara parece que es suya». El guardián, con una sonrisa misteriosa señaló la piscina de las focas. Le temblaba un poco la mano y miraba mucho a la Madre. «El Niño se pasa la vida con las focas. Allí debe de estar ahora, ladrando con ellas». La Madre y la Hija se miraron un poco sobresaltadas: «¿Ladrando?», preguntaron. Pero el guardián seguía sonriendo y mirando a la Madre, «Sí, sí, ladrando; vamos, vamos, que se lo voy a presentar».

En efecto, el Niño ladraba con las focas y las focas ladraban con el Niño. En realidad hablaba con ellas, pero

eso no lo podían saber la Madre ni la Hija, como no podían saber que el Niño hablaba con los animales porque su Padre le había enseñado todos los lenguajes de los animales. A pesar de ladrar muy bien, al ser presentado el Niño dio la mano con mucha educación, lo que tranquilizó a la Madre y a la Hija que eran gente Bastante Pobre pero Fina. Y entonces el Padre dijo algo extraordinario: «¿Lo ves? Ya han venido. Desde que nació le vengo asegurando que un día recibiremos la visita de una Madre y una Hija con una Tortuga. Las tortugas son fieles e incansables». El Niño estaba muy asombrado, pero sobre todo miraba a la Niña, con la que había decidido casarse. «Mira que si alguien se me adelanta...», pensó.

Al cabo de unas horas estaban todos sentados alrededor de una mesa tomando cacahuets, chocolate con nata, patatas fritas y chicle. El Niño hablaba con la Niña, el Padre hablaba con la Madre, y la Tortuga se había ido hacía ya mucho rato a reunir el Gran Consejo de los Animales para darles a conocer la noticia de su regreso, de su triunfo y del éxito rotundo de su empresa. Los animales, que también eran otros muy distintos a los de treinta y cinco años atrás, no entendían una sola palabra. Pero la Tortuga no se enteraba de nada porque a ella le parecían los mismos, y estaba feliz, que es lo importante.

Sí señor, eso es lo importante. Porque en realidad los Niños y las Niñas siempre son los mismos; parece que cambien, pero siempre son los mismos; igual que las Madres y los Padres también son siempre los mismos, aunque parece que cambien. En realidad, es como si no crecieran nunca, ni los Niños, ni las Niñas, ni los Padres, ni las Madres... Así es, por lo menos, para las Tortugas, que son sabias y tenaces. Y también para todas aquellas personas que son sabias y tenaces. Todas las cosas y todas las personas son eternas para los sabios y para los tenaces. ¡Menuda suerte! ■